

EL PRINCIPIO DEL VUELO

Arturo Tintero

Primera edición abril de 2022

© de los textos, Arturo Tintero
© de esta edición, Editorial Páramo
www.editorialparamo.com
editorialparamo@gmail.com / 646346731
Valladolid, España

ISBN: 978-84-124584-4-2
Depósito Legal: VA 149-2022

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



SORTILEGIO

El universo entero está pujante,
dispuesto a converger.
Di una palabra,
no importa que no sea de este idioma.
Óyela cómo suena, paladea
la vibración en la que existe.
Son ellas, las palabras, las que hacen
que suene la corriente
de tu sangre, pues son
como pepitas de oro,
más claras y más finas
que el agua misma.
Muy rara vez las dices
sabiendo que ejercitas
un conjuro antiquísimo
que muchos han usado antes que tú.
Forman imágenes,
dan vida a lo que tocan,
pueden ser tan precisas
que llega a darte miedo
lo que tal vez desaten.
Alguien pronuncia un nombre, el tuyo,
y emerges de las aguas
en las que buceabas:
Ya voy, ya voy, repites
volviendo a ser el padre de familia
por el poder que otorgan las palabras.

EL PRINCIPIO DEL VUELO

Al sacudirla, siente
la sábana en mis manos
la llamada del vuelo.
Enseguida se abate
con la suave firmeza de un cernícalo
mientras el sol está alumbrando ahí fuera,
difunde los sonidos,
la voz de las vecinas,
el trajín de los pájaros, el gallo,
todos coloreando este bazar
del barrio en la mañana.

Y sin embargo, al rato, qué sucede
que tanta plenitud se difumina.
¿Qué resorte he tocado?
¿qué manzana he mordido?
Me agito entre las cosas
confundiendo el vivir con el pensar
y así todo transcurre más deprisa,
sin dejar asideros, o dejando
fugacidades, flecos.

Camino por el día como un náufrago
perdido en la alta mar del pensamiento,
perdido de mi vista.
Aunque al menos ya sé
que el olor de la sábana,
las voces en el sol,

existen, y las llevo aún tendidas
como ropa secándose.
Intento aquí dar fe.

CIUDAD MEDIEVAL

Entré en el laberinto
bajo un tapiz de lluvia
y acepté que los ecos me perdieran.
No he vuelto a ser el mismo.
A veces, como un pájaro,
tiemblo sobre la rama de esos ecos
que brotan del silencio y lo acentúan.
En las horas de bar y de mercado
parece que el bullicio de los hombres
ha sabido imponerse
con la firme argamasa de un día sobre otro.
Pero alargo la vista y, en el aire,
aspiro ese silencio —vínculo
con lo lejano—,
y cuando cae la noche,
empapa, inunda, marca
como una cicatriz
que no sabemos cuándo se nos posó en la piel.
Oyéndolo
me lleno a manos llenas
de cosas intangibles,
siento que formo parte del tesoro,
como el grillo o el mirlo
intento intercalarme sin dañarlo
en este hechizo que está sobrevolándonos.

HAMBRE

Variación sobre un poema de los
esquimales de Thule

Siempre nos ves alegres, extranjero.
Si supieras lo mal que aquí se pasa,
entenderías mejor
por qué amamos comer, darnos al baile
al son de nuestros cantos milenarios.
Entre nosotros no hallarás ni uno
que no haya atravesado a duras penas
un invierno de mala cacería
entre hermanos muriéndose de hambre.

Aquí a nadie le extraña
oír que alguien ha muerto de esa muerte.
Ocurre con frecuencia.
Y no es culpa de nadie: uno enferma,
o el mal tiempo te impide ir a cazar,
o una tempestad taponada
con su nieve el iglú
y los respiraderos.

Yo he visto balanceándose en la cuerda
a un anciano que prefirió esa muerte
a la del hambre.
Tenía la boca llena
de huesos de foca
para así asegurarse
de encontrar qué roer
en el país de los muertos.

En otro invierno atroz
una mujer dio a luz a una criatura
cuando a su alrededor
la gente no podía ni moverse
por la debilidad.
¿Qué podía esperar ese bebé del mundo?
¿Y cómo iba a vivir
si hasta su propia madre estaba reseándose?
Lo estranguló,
lo puso a congelar
y se lo fue comiendo.
Después
alguien cazó una foca, pasó el hambre
y aquella madre así sobrevivió
aunque muy trastornada
por haberse comido
un trozo de sí misma.

Eso puede ocurrir,
nos ocurrió a nosotros, y sabemos
cuáles son nuestros límites.
Por eso no juzgamos.

¿Cómo alguien que está saciado y sano
podría comprender las locuras del hambre?
¡A nosotros vivir nos gusta
tanto como a cualquiera!

VIAJE HACIA ADENTRO

Que mi cuerpo recuerde que es un cuerpo.
Que si el hielo lo busca, que lo encuentre,
y el cansancio, el sudor y la intemperie.
Que aprenda a merecerse los senderos.
Que cruce los umbrales y renueve
la esencia corredora que en su adentro
desde el homo ancestral, pegada al hueso,
sin uso, aletargada, languidece.
Que contemple también del otro lado
el mundo que miraba en la ventana;
que sepa merecerse hasta la escarcha.
Que se pierda y se busque hasta aprenderse
y que vuelva después, sudando, nuevo,
aceptando que es tiempo y solo tiempo.